

Ante la gran encrucijada



José Marín Cañas.

Dije que dos acontecimientos importantes habían abarcado los días inmediatos al 3 de febrero. Y me referí a uno. Brevemente, apuntaré el otro: el entusiasmo con el cual han manifestado algunos jefes de las fracciones opositoras vencidas, que renovarán la lucha para la próxima. Lo primero que salta a la vista, es que tendremos todos que cumplir con un mandato seco: "hay que olvidarse de ese tango".

Vamos a comenzar por poner los dos zapatos en el mero suelo. Hecho ya esto, que tan necesario es para la patria como para todos los costarricenses, lo segundo será darse cuenta definitiva, insoslayable, fuera de toda discusión, de que el partido en el Poder es veterano, organizado, constituye el único de cuerpos estables y jefes preparados para la batalla política. No podríamos afirmar, "a priori", que igualmente lo sean o lo estén, para Gobernar, que no es lo mismo que hacer campaña.

Queda al margen de toda duda, que las ideas de un gobierno meticuloso y ponderado a la manera como algunos costarricenses querían recetarse —tal ocurrió durante los primeros 40 años del siglo—, han dejado de existir, porque a casi trescientos mil costarricenses les importa un rábano todo lo que constituya demérito en la forma actual de comportarse desde la más alta silla magistral del país.

El voto dado a los dieciocho años constituye un aporte de votantes que suma un 30% de los que no tienen dieciocho años, y ello logra una totalización de incidencia importante en el resultado de los cómputos. Y a ese 30%, la Costa Rica de antes les viene absolutamente obvia, obsoleta, como un traje de fante. La juventud piensa en el futuro. Sus estudios, cada día se modernizan más. Los profesores, cada día se rejuvenecen más. El clausuro, cada día se parece más a un "vivac". La "Tele", que en el fondo es una parte gravitante de la información actual, muestra al minuto el mundo de hoy, cada minuto está más loco. (Esta última condición puede repetirse "ad libitum", a gusto del lector).

Estamos inmersos, hasta el cogote y la nuez, en un mundo trepidante, bullicioso, tenso como un esquizofrénico, alariente como descarrado; rugiendo por el enardecer de los motores de cohetes que van a la Luna, ahora, y a Venus, mañana. Todo tiene un valor fugaz. La forma, es instantánea y nace desmoronándose. El pensamiento no reposa; el girar de la tierra no se detiene sobre ningún punto del esquema planteado. Los más altos y conceptuales episodios de la experiencia, son cosa de viejos, quejidos moribundos, ratas que chillan mordidas por el gato de la casa.

Es exactamente la visión al acercar la cara y los ojos a un milímetro de donde pasa, raudo y tronante, uno de los aparatos fiesteros del Zapote; donde van muriendo, como en borrachera de melancolía, las fiestas que fueron cívicas, hermosas y populares para toda la gama social del conglomerado nacional. Hoy reducidas, en su decadencia, a las sonrisas de niños y niñas y a los exabruptos de los pachucos de todos los órdenes económicos y

sociales del país.

La batalla electoral que acabamos de superar, ha tenido, en sus planteamientos, mucho de este aquelarre fiestero y despreocupado.

Vamos, pues, a colocar primero un zapato y luego el otro, sobre el suelo, el santo y duro suelo. Basta de juegos y malabares; que se terminen las frases optimistas y fantasiosas, el tozudo y exasperante sillón del que maneja la plata; el encadenamiento a un credo que llenó su función social en su tiempo, hoy deslavazado de doctrina, carente de mística profunda; huérfano de caudillo. Es necesario que un nuevo signo, un gran signo, enarbolado con pureza de intenciones y con exigencia rigurosa en los requisitos, abarque a una multitud derrotada, sin distinciones previas, ni categorías históricas olvidadas. Sólo un gran esfuerzo logrará dar al país la estructura de una democracia viva, no falsificada, como lo es la lucha de un gato con siete ratones desmirriados. Se terminó el mirarse al espejo y encontrarse la cara, digna de una estampilla. Vamos a poner las cartas sobre la mesa y a fundir en un solo aliento, con una idea elevada y sin intereses posteriores, la gran empresa de integrar dentro del país un movimiento capaz, jeffado por un hombre capaz. El hombre capaz en política, no solamente es el bueno y culto, sino que lo aparente, como la mujer del César. Debe tener una vigorosa personalidad; estar en un momento pletórico de vida, con una experiencia larga; cicatrices de batallas viejas y rudas; conocimiento del oficio político verbo fácil, culto, agresivo y elegante; tener limpieza de conducta y poseer la audacia necesaria.

No se trata de que cada ciudadano se encuentre, o su familia le encuentre, tantas y tan diversas virtudes. El pueblo, el país, la patria, ha de encontrarlo.

Los votos de Renovación, Independiente, Unificación (el partido que ya no unifica) y el 11% de los abstencionistas nuevos (prescindiendo del 15% clásico) obligados por no haber por quien votar a satisfacción), alcanzan un total que supera en más de cien mil votos al partido en el poder. Es indispensable, en la búsqueda de una democracia auténtica, hacer que en el juego de la política sea el conglomerado vencido tan capaz o más que el aguerrido partido Liberación Nacional. Nada tenemos contra él y es justo que gobierne mientras gane. Un diputado de ese partido hizo el elogio en plaza pública de la conveniencia de un partido único. Fue un discurso muy brillante, porque dejó muestra irrefutable de su calidad de político que piensa en su partido, pero no en los altos destinos de la patria.

Entendemos por democracia auténtica, aquella en la que la patria recibe el beneficio de ser gobernada por todos los hombres del país, y no por una parte de ellos. Para la exacta verificación de tales óptimas condiciones, se requiere que la ciudadanía esté integrada, como forma hegeliana, por

tesis y antítesis. La síntesis sería pendular el poder entre ambas, abarcando los polos opuestos.

"La alternabilidad en el poder" tiene su germen en el pensamiento básico de: "ningún ciudadano ni ningún grupo de ciudadanos posee la exclusividad de la sabiduría". Ello, ya aplicado a la práctica, se puede enunciar de manera que: "el gobierno del momento, ni el anterior ni posterior a ese momento, tienen el don divino de una sabiduría exclusiva". El pensamiento de la referida sabiduría, constituye una de las fallas humanas más comunes. La patria es un proceso en formación, y cada gobernante debe adecuarse a ese movimiento con flexibilidad y oportunidad sumas.

Dentro del conglomerado en derrota, que integraría la antítesis, hay innumerable cantidad de valores definidos y caracterizados. Múltiples cerebros con notable desarrollo; oradores, escritores de combate, ensayistas, autoridades en derecho, catedráticos de larga actuación en el campo de las ideas y de la ciencia. Hombres prácticos de una experiencia viva y una mira patriótica, líderes de ideas avanzadas y de ponderación patriótica. Todo un mundo capaz, pero desorganizado.

Es impostergable establecer la realidad de que la organización de tales dispersas fuerzas, ha de ser un movimiento sin cariz previo, con la mira puesta en la patria y sin afán utilitario alguno. De cada uno de los jefes fraccionarios, se puede aprovechar, en la gran empresa, sus cualidades más exuberantes. Hay quien tiene tesón, pero carece de dialéctica. Los hay que tienen dialéctica política, pero les falta agresividad. Cada uno es bueno, si está colocado en el sitio que le corresponde. El error consiste en colocar las fichas en sitios que no les corresponden. No debemos "tropezar dos veces en la misma piedra", dijo el más brillante de los oradores de la campaña.

La señora que vendía pollo en los vagones de pasajeros de la "Northern", no se interesaba si la Compañía terminaba su ejercicio económico anual con "déficit" o "superávit". A ella, lo que le importaba era el pollo.

Que no nos organice nadie que atienda la venta de la canasta, como la señora de la "Northern".

Este ya es un propósito básico, fundamental y alertador para la patria grande. Tendremos una democracia auténtica, el día en que tesis y antítesis midan sus fuerzas con realidades compactas y organizadas. Eso espera la patria.